



MEDITACIÓN DEL TRIDUO PASCUAL

Estos días santos nos invitan a meditar los acontecimientos centrales de nuestra Redención, el núcleo esencial de nuestra fe: el Triduo pascual, culmen del entero año litúrgico, en el que somos llamados al **silencio y a la oración** para contemplar el misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Que nos acompañe en este itinerario espiritual la Virgen Santísima. Ella, que siguió a Jesús en su pasión y estuvo presente bajo la Cruz, nos introduzca en el misterio pascual, para que podamos experimentar la alegría y la paz del Resucitado.

JUEVES SANTO

"El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: 'Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío'. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: 'Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío'" (1Cor 11,23-25).

1. Hoy se celebra la institución de la Eucaristía.

Estas palabras manifiestan con claridad la intención de Cristo: bajo las especies del pan y del vino, Él se hace presente de modo real con su cuerpo entregado y con su sangre derramada como sacrificio de la Nueva Alianza.

2. Con un rito sugestivo recordaremos, también, el gesto de Jesús que lava los pies a los Apóstoles (cfr Jn 13,1-25). Este **revela su amor hasta el final**, un amor infinito, capaz de capacitar al hombre para la comunión con Dios y hacerle libre.

3. Al término de la liturgia del Jueves santo, la Iglesia deposita al Santísimo Sacramento en un lugar preparado a propósito, que representa **la soledad del Getsemaní y la angustia mortal de Jesús**.

Medita estos puntos:

- *"Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío"*
- *Jesús lava los pies a los Apóstoles.*
- *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como Yo os he amado.*
- *Jesús se queda desde entonces en los sagrarios.*

Estos textos te pueden ayudar en la meditación:

1. Jesús vencido por el tierno cariño (Beato Guerrico de Igny)

Jesús amaba a estos pequeñuelos suyos con un amor digno de su grandeza. Veía cómo todos aquellos a los que había arrancado a las costumbres del mundo renunciaban a toda esperanza mundana y dependían solamente de él. Pero durante el tiempo que él quiso vivir con ellos en su cuerpo, no les prodigó a la ligera su afecto; se mostró con ellos más firme que tierno, como conviene a un maestro y a un padre.

Pero cuando llegó el momento de separarse de ellos, pareció vencido por el tierno afecto que les profesaba, y no pudo disimular la abundancia de su dulzura que hasta entonces les había ocultado. De ahí estas palabras de la Escritura: Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin los amó hasta el extremo. Porque entonces en cierto modo dio libre curso a la fuerza de amor por sus amigos antes de derramarse a sí mismo como agua por sus enemigos. Les dio el sacramento de su cuerpo y de su sangre e instituyó su celebración. No sé si es más de admirar su fuerza o su caridad cuando inventó esta nueva manera de permanecer con ellos para consolarlos por su partida.

2. Jesús, Pan de vida (Santa Teresa de Calcuta)

Cuando Jesús vino a este mundo, lo amó tanto que dio su vida por él. Vino para satisfacer nuestra hambre de Dios. Y ¿cómo lo ha hecho? Él mismo se convirtió en Pan de Vida. Por nosotros se hizo pequeño, frágil, desarmado. Las migajas de pan son tan minúsculas que incluso un bebé las puede masticar, incluso un agonizante las puede comer. Se hizo Pan de vida para calmar nuestro apetito de Dios, nuestra hambre de amor.

Yo creo que jamás hubiéramos podido amar a Dios si Jesús no se hubiera hecho uno de nosotros. Y para hacernos capaces de amar a

Dios se hizo uno de nosotros en todo, excepto en el pecado. Creados a imagen de Dios, hemos sido creados para amar, porque Dios es amor. Por su pasión, Jesús nos ha enseñado cómo perdonar por amor, cómo olvidar con humildad. ¡Encuentra a Jesús y encontrarás la paz!

3. Debemos dejarnos lavar los pies (Benedicto XVI)

En un primer momento, Pedro no quería dejarse lavar los pies por el Señor. Esta inversión del orden, es decir, que el maestro, Jesús, lavara los pies, que el amo realizara la tarea del esclavo, contrastaba totalmente con su temor reverencial hacia Jesús, con su concepto de relación entre maestro y discípulo. *«No me lavarás los pies jamás»* (Jn 13, 8), dice a Jesús con su acostumbrada vehemencia. Su concepto de

Mesías implicaba una imagen de majestad, de grandeza divina. Debía aprender continuamente que la grandeza de Dios es diversa de nuestra idea de grandeza; que consiste precisamente en abajarse, en la humildad del servicio, en la radicalidad del amor hasta el despojamiento total de sí mismo...

Necesitamos el «lavatorio de los pies», necesitamos ser lavados de los pecados de cada día; por eso,

necesitamos la confesión de los pecados, de la que habla san Juan. Debemos reconocer que incluso en nuestra nueva identidad de bautizados pecamos. Necesitamos la confesión tal como ha tomado forma en el sacramento de la Reconciliación. En él el Señor nos lava sin cesar los pies sucios para poder así sentarnos a la mesa con él.

VIERNES SANTO

Hoy se conmemora la pasión, crucifixión y muerte de Jesús. La asamblea cristiana se reúne para meditar en el gran misterio del mal y del pecado que oprimen a la humanidad, para recordar, a la luz de la palabra de Dios y con la ayuda de conmovedores gestos litúrgicos, los sufrimientos del Señor que expían este mal. Después de escuchar el relato de la pasión de Cristo, la comunidad ora por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo, adora la cruz y recibe la Eucaristía, consumiendo las especies eucarísticas conservadas desde la misa in Cena Domini del día anterior.

Como invitación ulterior a meditar en la pasión y muerte del Redentor y para expresar el amor y la participación de los fieles en los sufrimientos de Cristo, la tradición cristiana ha dado vida a diferentes manifestaciones de piedad popular, procesiones y representaciones sagradas, orientadas a imprimir cada vez más profundamente en el corazón de los fieles sentimientos de auténtica participación en el sacrificio redentor de Cristo.

Entre esas manifestaciones destaca el **vía crucis**, práctica de piedad que a lo largo de los años se ha ido enriqueciendo con múltiples expresiones espirituales y artísticas vinculadas a la sensibilidad de las diferentes culturas. Así, se nos permite a los fieles participar en la subida del Señor al monte de la Cruz, al monte del Amor llevado hasta el extremo.

El canto del sufrimiento unido a sus sufrimientos es lo que más cautiva su corazón. Jesús arde de amor por nosotros... ¡Mira su Faz adorable...! ¡Mira esos ojos apagados y bajos...! Mira esas llagas... Mira a Jesús en su Faz... Allí verás cómo nos ama. (Santa Teresa del Niño Jesús)

Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliera la Escritura, exclamó: Tengo sed (Jn 19, 28).

Era ya eso de mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: -"Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y dicho esto, expiró. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y dicho esto, expiró (Lc 23, 44-46)

MEDITACIÓN

"La hora del Señor había llegado: luchó contra la muerte, y un sudor frío cubrió sus miembros. [...] Entonces Jesús dijo: "Todo está consumado" Después alzó la cabeza, y gritó en alta voz: "Padre mío, en



tus manos encomiendo mi espíritu". Fue un grito dulce y fuerte, que penetró el cielo y la tierra: en seguida inclinó la cabeza, y rindió el espíritu. Yo vi su alma en forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Juan y las santas mujeres cayeron de cara sobre la tierra.

El centurión tenía los ojos fijos sobre la faz ensangrentada de Jesús, y su emoción era profunda. Cuando el Señor murió, la tierra tembló, el peñasco se abrió entre la cruz de Jesús y la del mal ladrón. El último grito de Jesús hizo temblar a todos los que le oyeron, como la tierra que reconoció su Salvador [...]

Cuando el Salvador encomendó su alma humana a Dios, su Padre, y abandonó su cuerpo a la muerte, el cuerpo sagrado se estremeció, y se puso de un blanco lívido, su cara se estiró; sus carrillos se hundieron, su nariz se alargó, sus ojos, llenos de sangre, se quedaron medio abiertos; levantó un instante la cabeza coronada de espinas, y la dejó caer bajo el peso de sus dolores; los labios, lívidos, se quedaron entreabiertos, y dejaron ver la lengua ensangrentada; sus manos, contraídas primero alrededor de los clavos, se extendieron con los brazos; su espalda se enderezó a lo largo de la cruz, y todo el peso de su cuerpo cayó sobre sus pies; las rodillas se encogieron y se doblaron del mismo lado, y sus pies dieron vuelta alrededor del clavo.

¿Quién podría expresar el dolor de la Madre de Jesús, de la Reina de los mártires? (Beata Ana Caterina de Emmerick)

Coloquio: Dile palabras como estas al Señor, que salgan de tu corazón: *-Quiero acercarme a Ti, Cristo clavado en la cruz yerto. Y tocar tu cuerpo Santísimo y mancharme con tu sangre. Quiero tocar tus heridas para que cicatrice en mí cualquier herida de pecado y tentación. Quiero aplicar mis labios a tu costado y beber la Eucaristía en su Fuente hasta embriagarme de Ti, y volverme loco de Dios. Quiero besar tus llagas de pies y manos para que se seque en mí toda fuente de queja y de rencor, de tristeza y de envidia. Quiero mirarte de cerca, cara a cara, ojos frente a ojos, palmo a palmo de tu Cuerpo divino y muerto; llorando de dolor y paz, con la misma pureza e intensidad como lo hizo, ciertamente, tu Santísima Madre. Que de tanto mirarte, contemplarte, palparte y besarte, tus divinos rasgos se me peguen; se me contagien tus virtudes y tus amores, y si no muero de amor que, en adelante al menos, no pueda vivir sin Ti. Que tu corazón me contagie virtud y amor. ¡Haz mi corazón semejante al tuyo! "Vivo yo, no yo, es Cristo quien vive en mí". ¿Cuándo, Señor, lo podré decir?*

Tengo sed (P. Morales)

Sed tengo. Sed de padecer más, lo inaudito. Lo que dice San Ignacio, contemplar cómo padece, todo lo que sufre y quiere sufrir. Lo de Juan de Ávila. Meterse en el corazón para ver cómo sufre, más y más. Sed además de almas, sed de que todo el mundo se salve, sed de que no quede un alma sin redención.

Si por las almas Cristo ha hecho con exceso, cuándo haré yo lo bastante, se pregunta San Agustín. Y ahora es cuando sale al paso Santa Teresita, la misionera de Lisieux: querría ser misionera en todas las partes del mundo. No solamente en una región de la tierra, en todos los lugares del globo simultáneamente. Y no solamente en un período de la historia de 20 o 30 años, querría ser misionera desde el comienzo del mundo, hasta el último día de la historia. Tengo sed de almas.

En una tarde de domingo, cuenta ella, que estando haciendo oración ante el crucifijo sintió encendida en su alma, la misma llama devoradora que Cristo había sentido en la cruz. Tengo sed de almas, tengo sed de corazones nobles y generosos que se lancen intrépidos a las conquistas de las almas para saciar su sed. De corazones duros y virginales, que dejadas todas las cosas de la tierra, se consagren víctimas de amor en desierto afectivo, en soledad fecunda.

Si alguien después de un camino, llega sudoroso, agotado, y te pide agua, un vaso, se lo das enseguida. Si es tu hermano o tu padre mucho antes, si te lo pide un moribundo, ¿se lo negarás? Ahora es Jesús el que te pide de beber. Tengo sed. ¿No puedes apagar esa sed de Jesús?, estando en todos los lugares de la tierra al mismo tiempo. ¿No puedes apagar esa sed de Jesús? estando hablando con las almas al mismo tiempo.

Y sin embargo, tu sed de almas debe ser universal como la de Cristo. Tus fuerzas son limitadas. ¿Cómo podrás tú escuchar la súplica de Jesús, apagar su sed? ¿Sabes cómo? Viviendo con amor cada instante, crucificando con Él tu pereza, tu vanidad, tu voluntad propia. Dejándote clavar en la cruz con Él sin desperdiciar un momento, pues de Él, depende la salvación del alma. Es una gotita que acercas a los labios de Cristo.

"No solamente la cruz, sino la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convida a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies clavados, para esperarnos y para nunca apartarte de nosotros. De manera que mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces a que te ame y a que nunca te olvide de mi corazón".

SÁBADO SANTO

El Sábado santo se caracteriza por un **profundo silencio**. Las iglesias están desnudas y no se celebra ninguna liturgia. Los creyentes, mientras aguardan el gran acontecimiento de la Resurrección, perseveran con María en la espera, rezando y meditando.

En efecto, hace falta un día de silencio para meditar en la realidad de la vida humana, en las fuerzas del mal y en la gran fuerza del bien que brota de la pasión y de la resurrección del Señor. En este día se da gran importancia a la participación en el **sacramento de la Reconciliación, camino indispensable para purificar el corazón** y prepararse para celebrar la Pascua íntimamente renovados. Al menos una vez al año necesitamos esta purificación interior, esta renovación de nosotros mismos.

Este Sábado de silencio, de meditación, de perdón, de reconciliación, desemboca en la **Vigilia pascual**, que introduce el domingo más importante de la historia, el domingo de la Pascua de Cristo.



Junto al cirio pascual resuena en la Iglesia el gran anuncio pascual: Cristo ha resucitado verdaderamente, la muerte ya no tiene poder sobre Él. **Con su muerte, ha derrotado el mal para siempre y ha donado a todos los hombres la vida misma de Dios.**

Puede ayudarte hoy este Evangelio:

Junto a la Cruz de Jesús estaban su Madre y la hermana de su Madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús viendo a su Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dice al Discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa. (Jn 19,25 -27)

"Vosotros los que pasáis por el camino, decid si hay dolor semejante al mío" (Benedicto XVI)

Contemplemos esta imagen de la piedad. Una mujer de mediana edad, con los párpados hinchados de tanto llorar, y al mismo tiempo una mirada absorta, fija en la lejanía, como si estuviese meditando en su corazón sobre todo lo que había sucedido. Sobre su regazo reposa el cuerpo exánime del Hijo; Ella lo aprieta delicadamente y con amor, como un don precioso. Sobre el cuerpo desnudo del Hijo vemos los signos de la crucifixión. El brazo izquierdo del Crucificado cae verticalmente hacia abajo. Quizás, esta escultura de la Piedad, como a menudo era costumbre, estaba originalmente colocada sobre un altar. Así, el Crucificado remite con su brazo extendido a lo que sucede sobre el altar, donde el santo sacrificio que llevó a cabo se actualiza en la Eucaristía.

Una particularidad de la imagen milagrosa de Eitzelsbach es la posición del Crucificado. En la mayor parte de las representaciones de la Piedad, el cuerpo sin vida de Jesús yace con la cabeza vuelta hacia la izquierda. De esta forma, el que lo contempla puede ver su herida del costado. Aquí en Eitzelsbach, en cambio, la herida del costado está escondida, ya que el cadáver está orientado hacia el otro lado.

Creo que dicha representación encierra un profundo significado, que se revela solamente en una atenta contemplación: en esta imagen milagrosa, los corazones de Jesús y de su Madre se dirigen uno al otro; los corazones se acercan. Se intercambian recíprocamente su amor. Sabemos que el corazón es también el órgano de la sensibilidad más profunda para el otro, así como de la íntima compasión. En el corazón de María encuentra cabida el amor que su divino Hijo quiere ofrecer al mundo.